

y sobre la antigua retórica —ya publicados en forma de libro— pueden considerarse como un esfuerzo de estudiante para adquirir el manejo de los instrumentos necesarios, antes de llegar a la teoría literaria.

Los Prolegómenos. Ahora se dispone a comparecer ante otro auditorio para dar un paso más hacia el logro de la finalidad que se tiene asignada. Por encargo del Colegio Nacional, desarrollará en 13 conferencias —desde el 6 de Jun. todos los lunes a las 7.15 pm.— unos *Prolegómenos a la teoría literaria*, que más tarde ofrecerá impresos y con mayor amplitud.*

En ese curso se enfrentará con un problema fundamental: el *deslinde* del objeto literario en confrontación con los demás objetos teóricos del espíritu, tales como el histórico, el de las ciencias de lo real y aún la matemática y la teología.

“No llegaré —dice— a ninguna novedad que rebase el nivel del sentido común. En estas investigaciones, lo importante es lo que se encuentra y se revuelve al paso”.

Así va Alfonso Reyes construyendo su obra un poco al modo de los pensadores griegos, es decir, hablando y sonriendo.

Martín Luis GUZMAN.

Tiempo, México, 11 de Junio de 1943.

* *El deslinde*, 1944.

LIBROS DE ALFONSO REYES

La antigua retórica.—Los siete sobre Deva.—La Ultima Tule

La pluma inspirada e incansable del gran escritor mexicano nos regala, en un brevísimo lapso, estos tres libros tan varios en su contenido, tan suyos por la inconfundible maestría de su estilo, por la profusa riqueza de las ideas que nos brindan, y que son, los tres y cada uno de ellos, un don espléndido a la avidez curiosa del lector.

En *La Antigua Retórica*, Reyes el literato deja paso al maestro que sabe hacer de sus lecciones algo exquisito y profundo, rebasando la intención pedagógica y abriendo a sus discípulos horizontes de una anchura insospechada. El mundo antiguo y su fervor por lo bello, la elocuencia de sus hombres versados en el difícil arte de la retórica, las inmortales polémicas que nos han transmitido lo esencial y mejor del genio clásico, las figuras señeras de Aristóteles, Cicerón, Quintiliano, etc., con sus teorías, su extraordinario instinto pedagógico, sus obras de eterna resonancia en la cultura universal, todo esto llena las páginas del libro, sin que la personalidad del escritor deje de imprimir en ellas el sello de su ingenio y de su característica elegancia. No todas las plumas pueden acercarse con igual eficacia a todos los temas, y es indudable que este de la antigua retórica, elegido por Reyes para el curso recogido ahora en volumen, merecía haberse creado para él. Nadie como el autor de *La Crítica en la Edad Ateniense* podía dar a estas lecciones el acento y el tono que les es propio, y resucitar en su palabra y sus escritos la jugosidad incomparable, el flexible juego de la inteligencia ática. Pero las evidentes afinidades del autor con su tema no ciegan su certero y agudo sentido crítico, que desmenuza todo lo que toca para recomponerlo después en un conjunto iluminado por nuevos atisbos y claridades. Doblemente maestro en esta obra, enseña y descubre, dando a lo ya conocido el valor inédito de un tesoro mal estudiado que ahora se nos aparece en todo su esplendor.

Pero el exquisito poeta que es Alfonso Reyes puede más que el maestro, y sus divagaciones nos encantan, sobre todo cuando ninguna pauta, ninguna obligación pedagógica las retiene severamente en un cauce ya trazado. "Sueño de una tarde de agosto" es el sabroso y sugerente subtítulo de *Los Siete sobre Deva*, delicioso librito cuya brevedad constituye, a nuestro ver, su único defecto. La conversación que sostienen Oceana, Epónimo y Américo, entes simbólicos y mitológicos, al amparo de esos cuatro seres de carne y hueso que cenan bajo el árbol familiar, es un verdadero poema, aunque no le falten sus ribetes filosóficos y hasta sociológicos. Pero la descripción preliminar que da ambiente, digámoslo así, a toda la escena, es tan viva, tan poética también, que a lo largo de nuestra lectura nos es imposible olvidarla, y a través de las disquisiciones políticas, biológicas, humanas y hasta deportivas de los conversadores oníricos, no dejamos un momento de ver ni de sentir a los tres aldeanos que realizan su función nutricia con trascendental prosopopeya, ni sobre todo a la mujer, silueta enlutada y silenciosa, que "obra sólo por aparición y presencia y queda encinta con la mirada" y que, según afirma el autor y estamos a punto de confirmar, es lo mejor de su poema. Pero al abrigo de esas cuatro presencias esencialmente humanas, telúricas, si se nos permite la expresión, ¡qué ancho fluir de pensamientos, de ideas a la deriva, de nimiedades graciosas o sentimentales, de atisbos profundos, de problemas vitales sabiamente esbozados! Desde la anécdota del sillón panzudo depositario de recuerdos, hasta los ensueños premonitorios de Dunne, ¡qué cadena tan apretada y jugosa, qué deslizamiento de sueños y realidades, de hechos y mitos, qué hábil mezcla de lo frívolo y lo trascendental! Las páginas sobre el juego de golf merecían ser desarrolladas en un tratado que nosotros llamaríamos "Simbolismo y castellanización del golf" y que quizás ejerciera gran influencia en la nomenclatura del deporte. Esa evocación, en pleno país vasco, del juego favorito de los ingleses, ha suscitado en nosotros otra, análoga, pero transportada a Castilla, en un *link* o cancha que se inicia en un valle de Guadarrama y cuyos últimos *rounds*

—el autor de *Los Siete sobre Deva* convertido en traductor de la nomenclatura... gólfica o golfística no nos dice a qué corresponde este vocablo inglés— se elevan a modo de mirador sobre la llanura segoviana con sus barbechos dorados y sus caminos sin fin. Tras este interludio deportivo, la charla sigue su curso, grave unas veces, humorística y llena de gracia otras, hasta extinguirse, como le corresponde, al hablar de los sueños. La tarde de agosto convirtiéndose en noche envuelve a fantasmas y hombres en la misma sombra, trayendo para todos unas horas de paz y quietud.

En *La Última Tule*, nos encontramos de nuevo con la musa del autor de Anáhuac, y aunque este libro se compone de fragmentos escritos en diversas épocas y en muy varias ocasiones, lo atraviesan el mismo aliento, la misma fantasía, un idéntico soplo de realidad poética, o, mejor dicho de poesía realizada. Porque, después de todo, ¿qué fue el descubrimiento de los nuevos mundos sino un poema en acción, poema épico si los hay, una leyenda que tuvo que convertirse en cosa cierta, gracias a la voluntad y a la obstinación de algunos hombres? Ha hecho muy bien Alfonso Reyes en recoger y dar a la estampa este grupo de ensayos y discursos que, pese a su origen fragmentario, constituyen un todo homogéneo, el relato y la explicación de uno de los hechos más grandes que se deben a la humanidad. Como dice el ilustre escritor, "nada más patético que esta resolución de la mitología en historia", que esta conversación de la leyenda, del mito, de lo imaginado, en realidad viva, en materia existente y palpable. El mundo por conocer salía de su silencio mediante esos extraños mensajes que no todos comprendían. "La Tierra cuchicheaba al oído de sus criaturas los avisos de su forma completa..." Y Reyes recoge en su libro todos estos cuchicheos, estos avisos misteriosos, interpretándolos como sólo puede hacerlo un poeta, ya que los poetas son por nacimiento y oficio traductores de mensajes, descifradores de claves secretas. Luego, de las cumbres místicas, baja a la realidad presente, a los problemas actuales, a las cosas y a los hombres de hoy, estudiándolos con su clarividencia de siempre. Después de haber

dado un cebo a nuestra fantasía, arrastrándonos a la zaga de los descubridores de hemisferios —reales y soñados—, nos trae al mundo moderno, también con sus sueños y sus realidades, con sus continentes conocidos y los que todavía están por descubrir. Esta mezcla inaudita de poesía y prosa, de lo fantástico y lo real quizás nos deslumbre un poco, pero el poeta de Anáhuac es un guía seguro, sabe bien por dónde anda y a dónde nos lleva y si su *Ultima Tule* no fuera efectivamente la última, ¿qué mejor mano que la suya para indicar el camino hacia la otra, la que leyendas y mitos no han empezado a presentir aún?

Ernestina DE CHAMPOURCIN.

Novedades, México,

14 de Noviembre de 1943.

LA EXPERIENCIA Y LA CIENCIA

CUANDO salió de las prensas de Buenos Aires un libro de Alfonso Reyes con el título de *La Experiencia Literaria*, (1942), sus lectores se sintieron, a la vez, colmados y tranquilos. ¿Quién podría alardear de experiencia, en estas kalendas, mejor que el hombre a través del cual habían recibido en tan diversos campos, desde la poesía hasta el ensayo filosófico, pasando por la tragedia y la crítica de textos, testimonios de que nada, en materia literaria le es ajeno? ¿Quién puede alardear de experiencia mejor que el hombre que ha frecuentado los más vivos centros de la cultura actual y conocido en persona a sus más ilustres representantes? Leyeron aquel libro con la delectación de siempre, encontrando en él esa suma de conocimiento azuzado por una incansable curiosidad y un afán de retener hasta el giro más fugaz del pensamiento activo que conocían en él desde antiguo.

Pero ya por entonces andaba por ahí otro libro, mayor de volumen y más imponente de aspecto y de título: *La Crítica en la Edad Ateniense*, (1941), que mostraba, si no una nueva dirección de su espíritu, pues ésta venía ya anunciada desde las *Cuestiones Estéticas* (1910), su primer libro de ensayos, si una especie de sistematización de materias, enfocados todos sus tiros en una sola dirección. Todos sus tiros: su información minuciosa, su clarividencia extraordinaria, su poder de evocación, que hace confluir en un momento dado lo que tantos momentos, tantos y tan diversos estudios han podido acumular.

Todavía, después de ese libro, otro, denominado *La Antigua Retórica* (1942), volvía a insistir, trasladando a Roma el interés que antes concentró en Atenas, y aun más tarde, en lo que no se ha mostrado hasta ahora en cuerpo de libro, pero es ya cuerpo de doctrina, profesada en un curso del Colegio Nacional de México, *El Deslinde o Prolegómenos a la Teoría Literaria*, se va a sumar a

esa parte de su obra, en la cual el autor, dejando de hablar, si ello es posible, por cuenta propia, intenta resumir y exponer los principios fundamentales del arte de escribir, a través de los tiempos.

Mas no es posible que un escritor deje de hablar por cuenta propia, ni cuanto más atento se muestre a resolver fragmentos y testimonios de una antigüedad perdida y a ser puro expositor de lo que, sólo porque ya le interesa como materia de trabajo, viene a ser suyo; y mucho menos un escritor como Alfonso Reyes en quien, según he dicho, parecen concitarse todas las sugerencias, intuiciones, teorías y trazados mentales, al conjuro de la pluma que corre sobre el papel o al golpe con que la máquina de escribir va marcando cada una de sus letras. Pero, en fin, supongamos que de estos libros últimos están del todo ausentes las facultades creadoras de *La Visión de Anáhuac*, la *Ifigenia Cruel*, los versos, los ensayos; que en ellos todo es, y no es más, que ciencia.

Suele decirse que la experiencia es madre de la ciencia. ¿Toda la experiencia de Alfonso Reyes habrá servido para preparar estos nuevos volúmenes, que ahora se leerán, o es que ya no se lee, con afán y provecho, y que sus lectores serán, una vez más atraídos por las extraordinarias facultades de exposición que nos hacen grata una materia más de una vez árida, y en ocasiones lejana y casi ajena a nuestros hábitos de hoy? El autor no abdica de ninguna de sus adquisiciones y cuando nos habla de cosas antiguas lo hace sin abstraerse de lo actual, como tal vez fué el empeño de algún profesor de los que antaño inculcaban a los adolescentes el culto de las letras clásicas; como lo hacía

Il torvo e magro professor di greco
Che quasi odiar mi fece il divo Omero,

para no decirlo por cuenta propia, sino por boca de un poeta italiano (creo que Emilio Praga, pero no me atrevería jurarlo); como lo hacía nuestro viejo retórico don Josef Gómez Hermosilla, tan rico de saber, de claridad, de sentido común, pero privado de naturales luces, que su afán realista necesitaba inmolar a cada paso, en los altares de su privativo gusto, víctimas del tamaño de un Lope de

Vega, o, por lo menos, de un Bernardo de Balbuena, signo para él de toda transgresión, de toda caída, de todo exceso.

Yendo a sorprender los orígenes de la ética en sus más fragmentarias manifestaciones primitivas; viéndolas después florecientes en las grandes escuelas de Atenas, con Platón, poeta que no tenía inconveniente en prescribir a la poesía de toda República bien organizada —¿pero acaso no son así todos los poetas con la poesía... de los demás?— con Aristóteles, en quien se hace la crítica más severa y sistemática, con Aristófanes y con Teofrasto, entre otros menores, persigue luego, en transición de Aristóteles a Cicerón, las manifestaciones de la retórica en Roma, abandonando la poética, para ver cómo van afirmándose las intuiciones e impresiones del comienzo, en razonamientos, juicios, teorías, establecidas las cuales no será difícil pasar de las ideas a los preceptos y sentar unas famosas reglas, blandidas más tarde por los expositores modernos para atemorizar incautos.

¿Para atemorizarlos, de veras? Ha de ser más el ruido que la pura eficacia del temor que esos mandatos, ejemplificados con citas de los grandes, ejercieron en todos los espíritus. Volviendo a nuestro Hermosilla, al parecer tan intransigente, se le ve a cada momento hacer una salvedad, diciendo que la índole del asunto, la oportunidad del paraje, pueden excusar lo que, de otro modo, sería grave infracción de las normas del gusto: en otras palabras que cada cual puede hacer lo que quiera con tal que lo haga bien y a punto.

En sus estudios acerca de la teoría literaria ¿llegará Alfonso Reyes a establecer, o a restablecer, nuevas reglas para los escritores del presente? No se trata de eso. A lo que si llegará es a que el escritor de ahora conozca o intente conocer los pasos que ha seguido su oficio y quizás los nombres de las herramientas, es decir, de sus modos de expresión. Es evidente que a la mayor parte de los escritores actuales los tienen perfectamente sin cuidado las denominaciones que los teorizantes de otros días hubieron de encon-

trar para esos modos y maneras: trabajo inútil, y aprendizaje penoso, si, al fin y al cabo, muchos de ellos son pura sutileza.

A un escritor de estos tiempos, tal vez le hiciera gracia que Cathos y Madelon le dijeran: —He leído sus versos; ¡que hermosa sinécdoque emplea usted al principio!

Pero podría darse el caso de que la palabreja, u otras menos obvias y corrientes, se empeñaran en cobrar nueva vida y llegaran a preocupar a los escritores mismos en el momento de la creación. Y uno, más escrupuloso que sus colegas, puesto a escribir, y dándole vueltas a una idea misma, se detuviese con cautela, exclamando:

—¡Alto ahí! Me parece que estoy cometiendo una perisología intolerable. ¿No sería mejor terminar con un carientismo o un diasirismo?

No; no hay temor, repito, de que estos libros científicos de Alfonso Reyes nos llevan a tales extremos. En primer lugar, porque todas esas cosas pertenecientes a un pasado extinto las ve con ojos limpios de superstición. En segundo, porque su conocimiento de nuestros días y de nuestras costumbres y aun de nuestros prejuicios literarios, le serviría siempre de correctivo. Alfonso Reyes, hombre de su tiempo, no es como los del antiguo sistema, que citaban a Virgilio para abrumar a sus pobres contemporáneos. Alfonso Reyes es muy capaz de citar a Jean Cocteau para aligerar a Lucano.

Enrique DÍEZ-CANEDO.

Excelsior, México.

28 de Abril de 1944.

LOS ÚLTIMOS LIBROS DE ALFONSO REYES

I

Alfonso Reyes escribe con esa decisión con que hablan esos maestros a quienes sus alumnos y oyentes les sonrían. Yo, que soy uno de ellos, alumno sonriente, oyente de mis discípulos y discípulo de maestros amenos, inteligentes y bonachones como Alfonso Reyes, me sonrío leyéndole —inefable placer de aprender cosas que se nos dicen sin pretender herirnos, ni adoctrinarnos, ni engañarnos, ni aplastarnos— y hasta me voy a atrever a ponerle algunas calificaciones a este interesante y admirable maestro.

Quisiera escribir sin gratitud para tratar de ser aproximadamente justo. Quiero decir que mi agradecimiento, nuestro agradecimiento colectivo para sus actos y gestos acogedores, entusiastas y generosos, (ya se sabe a que actividades tuyas me estoy ahora refiriendo) es verdaderamente enorme: quiero calificarle como lo hacen nuestros mejores intencionados alumnos, pero desprovisto, provisionalmente, de mis sentimientos de gratitud.

Es difícil oír todo lo que Alfonso Reyes dice, atender a todo lo que escribe y ha escrito y dicho. Numerosos son sus ensayos y sus libros. Sus artículos aparecen frecuentemente en las mejores revistas de América. Un maestro cotidiano como Reyes de quien, como se comentó de Gómez de Baquero, se espera que nos repase la lección todos los días, inventa pero también insiste, proporciona datos nuevos, pero los enlaza sabiamente como los anteriores. He citado a Baquero como podía haber citado a Azorín, a Canedo, a Sanín Cano, a Capdevila, a muchos otros de la estirpe de los periodistas y críticos valiosos que, en castellano, con sencillez ejemplar, nos proporcionaron generosamente cada día parte de su mucho saber. Alfonso Reyes ha sido para los españoles de ahora, un lector de clásicos castellanos, un comentarista de nuestras letras áureas, primitivas, renacentistas, modernas, magnífico, insustituible. ¡Con qué curiosidad oíamos a un letrado extranjero comentar nuestra